hecho de «lanzar palabras contra el muro», porque como denuncia irónicamente el sujeto: «quizás al otro lado/alguien escuche el ruido./ En otro mundo habrá campos gloriosos/para jugarnos la palabra al tenis».

Marta Beatriz Ferrari

Juan Ramón Jiménez paseante por Madrid*

Poco a poco las ediciones de JRJ nos van adentrando en su inagotable obra en sucesión. *Libros de Madrid* (que contiene más de un centenar de textos inéditos) es el espléndido fruto del tercer estadio de las prosas de un poeta. En el camino hacia este nuevo jalón de su obra, tras los tanteos de las primeras prosas, hay que transitar por *Platero y yo* y el ciclo de las *Elejías andaluzas* (1907-1916). Después del estudio ahora editado, el lector sabe de *Españoles de tres mundos* (1942), conjunto de caricaturas líricas en las que JRJ salva para «el salón de su recuerdo» fragmentos de la España mejor de su tiempo, y de la prosa última (1936-1954).

El marco de las *Elejías andaluzas* sirvió para que JRJ se convenciese del ideario pedagógico de Giner de los Ríos con relación a la función educadora del arte y de la naturaleza, así como del «arte de saber ver» sobre el que tanto había laborado Manuel Bartolomé Cossío (a él va dedicado *Libros de Madrid*), en el sentido de ver lo perenne en medio de lo caduco y lo infinito en el ámbito de lo temporal. Estas dos enseñanzas y el magisterio de Ortega –estudiado con mano maestra por el profesor Blasco Pascual– nutren la génesis del libro que ahora se edita.

Las varias series de prosas reunidas en *Libros de Madrid* (1902-1926) –«Madrid posible e imposible», «Sanatorio del Retraído», «La Colina de los Chopos», «Soledades Madrileñas», «Figuraciones», «Disciplina y Oasis» y «Ascensión» (como apéndice)– están denominadas por un ambiente ideológico y sentimental que remite a la Institución Libre de Enseñanza y a los intelectuales que fraguaron en «La colina de los chopos» (una de las series del libro) la Residencia de Estudiantes, si bien la serie «Sanatorio del Retraído» es una amalgama de recuerdos de los dos años (1901-1903) que pasó en dicho Sanatorio,

* *Juan Ramón Jiménez,* Libros en Madrid (ed. J. L. López Bretones/Introd. A. Sánchez-Robayna). *Madrid, Hijos de Muley-Rubio, 2001, 318 pp.*

en el que recibía las visitas de los artistas modernistas como Valle Inclán, evocado entrando una mañana desapacible «por la memoria nevada del jardín», donde el poeta andaluz andaba forjando *Arias tristes* (1903). Serie del «Sanatorio del Retraído» de la que emana un insólito erotismo alrededor de las monjas que tanto tentaron al poeta y que alguno de los textos inéditos trasmina con inconfundible perfume juanramoniano. Así la hermana Pilar que «me tapaba cariñosamente... sus pechos», o sor Andrea que «se quería ir, pero no se quería ir; me apartaba con los brazos pero atrayéndome».

El conjunto de prosas enfrenta el Madrid castellanista inventado por las peores secuelas del costumbrismo decimonónico (que ni siquiera pudo vencer la densa imagen articulada por las novelas de Galdós) con la imagen de un Madrid ideal, que una mirada desnuda, deudora de la ética de los krausistas y de la estética del Ortega de *Meditaciones de Quijote* (1914), descubre en la realidad de una ciudad aparentemente anodina. Impulsado por la norma krausista –lo absoluto habita en el corazón de lo histórico– el maestro crea y recrea poemas en prosa que dibujan un Madrid eterno y procuran «el mejoramiento de la vida de España», porque la *patria* juanramoniana está hecha –como reza la prosa «Madrid-España»– «con una esperanza grande, como el cielo de la patria total en un día bueno, roja y amarilla de tierra, no de bandera, con el mar azul en torno y arriba el cielo azul; una España, no un Madrid, de todos los colores, cobijada por un eterno sol benéfico de oro májico». Frente al Madrid de «ornamento religioso y taurómaco» y la España «en armas tristes», la obra y la acción de una arquitectura espiritual a la que el poeta se suma con una voluntad vertebrada sobre la armonía y la belleza universales y cosmopolitas.

Al modo de Baudelaire –en la herencia de la forma– pero con mucho aliento de Rubén Darío, JRJ deambula por Madrid acrisolando en sus pequeños poemas en prosa las luces y las sombras de la cuidad. Del «Madrid de hoy. Pueblo de La Mancha que muere. Ciudad catalana que nace»; del Madrid pasado, el de Carlos III, «en tardes que parecieron un monumento de eterna belleza»; del Madrid reciente, «resonante como un mar nuevo, se dilata, ala abierta, en recta ansia, hasta la vieja playa sola y retraída». JRJ camina por Recoletos, la Castellana, Rosales..., pasea y se ensimisma en el Retiro, siente «el ruido del agua de la Cibeles», aprecia que «Neptuno vive, en su desnudez, una vida más fuerte que la de los huéspedes del Palace», se aísla en la plaza de Santa Ana –«se entra en ella y, de pronto, se siente, como en un encuentro amable, mundo lleno y pleno cielo, el corazón»– y se

remansa en La Colina de los Chopos, donde se embriaga «del fondo último del placer pleno».

La prosa de *Libros de Madrid* es un arrebato continuado: estalla en imágenes y figuraciones que perfilan a Cossío, Rubén, Díez-Canedo, Moreno Villa, Alfonso Reyes, Sorolla, etc. Y, al mismo tiempo, estos pequeños poemas nos hablan del ideal de la forma, muy alejado ya de las querencias modernistas, denostadas en el ejemplo de D'Annunzio, o exponen la fascinación por el arte moderno –libros, cuadros, música– que extasía al poeta en la belleza presente: «¡Qué hermosa proximidad, qué familiaridad, qué convivencia tan grata: qué comprensión tan plena!».

Y un recordatorio final. Estas prodigiosas prosas van atadas diáfanamente por un hilo autobiográfico que alumbra la dimensión intelectual de un poeta que sintió hacia la Academia «la estrañeza que sentiría un arroyo en un despacho del ministerio de Agricultura». Y anudadas por un estilo que tiene, frente a tantos diarios y autobiografías irrelevantes, intensidad y suficiencia estéticas. Las prosas de un poeta.

Adolfo Sotelo Vázquez

Antoni Gaudí: Pórtico de la Colonia Güell. Santa Coloma de Cervelló